

# Los narcisos mueren ahogados

Novela ganadora del Premio Distrital de Novela Corta  
Germán Vargas Carrillo del Portafolio de Estímulos de  
Barranquilla. Capítulo IV, fragmento

John William Archbold

Licenciado en Ciencias Sociales, Magíster en Literatura Hispanoamericana y del Caribe.

Docente universitario y periodista cultural, johnwarchbold@hotmail.com

Una tarde Renata me llamó por teléfono y me invitó a su apartamento. Dijo que Sergio había tenido que viajar urgentemente y que regresaría al día siguiente. Acepté encantado. La verdad era que me estaba muriendo de ganas de verla. Para ese momento, muy a mi manera, le estaba siendo fiel; me sentía tan afortunado de ser su amante que no me apetecía considerar a otra mujer. No digo que no se atravesara una que otra en mi camino, pero no porque yo lo buscara. Cuando estaba con ella no experimentaba ningún tipo de prevención. Tener a Renata era una comprobación de que podía lograr cualquier cosa, que los límites habían perdido poder de contención ante mí. Por eso, al llegar a la recepción, ya no sentía inquietud alguna. Al contrario, me enorgullecía imaginar lo que el celador podía estar pensando: que este pecho se restregaba con el sudor de la mujer del afamado productor al que todos rendían pleitesía y que solo yo tenía la capacidad de doblegar.

Pero esa noche el portero hizo algo más que mirarme. Apenas llegué, llamó para anunciarme y, después de hacerlo, me entregó un paquete y me pidió el favor de que se lo entregara a Sergio. Yo, por supuesto, salté enseguida; le pregunté si acaso él estaba. Me dijo que sí, que no hacía mucho había llegado. Le pregunté si estaba seguro y lo confirmó. Me dijo que lo vio por las cámaras del parqueadero cuando salió de su carro y tomó el ascensor en el estacionamiento. Pensé en marcharme, pero ya me habían anunciado, puede que con él mismo, así que de camino al ascensor pensé en la excusa que daría por mi

presencia de improviso y a esas horas. Estaba mentalmente preparado para encontrarme a una Renata nerviosa, pero para mí sorpresa estaba muy tranquila, envuelta en un pequeño vestido de encajes que jamás le había visto. Me extrañó que me saludara con un beso. Le pregunté si todo iba bien. Ella me dijo que sí, completamente despreocupada. Algo estaba mal, pero Renata parecía tranquila. Le pregunté si Sergio había llegado, lo cual negó.

—El celador me dijo que lo vio entrar. ¿No será que sospecha algo y está esperando por ahí para tomarnos de sorpresa?

—Para nada —dijo sonriendo con incredulidad—, no te hagas ideas locas.

—Es en serio. ¿Qué tal que quiera pillarnos *in fraganti* y luego matarnos?

Renata se echó a reír.

—¿Pero qué barbaridades estás pensando? Sergio no está en la ciudad.

—¡Este tipo me dijo que vio llegar su carro!

Se quedó callada medio segundo, pero enseguida repuso.

—¡Fui yo la que salió en su auto! Estaba en la farmacia.

—Pero dijo que lo vio subir en el ascensor...

—No hagas caso. Ese hombre no sabe lo que dice.

Empezamos a hablar en la sala mientras nos tomábamos algo, el mismo ritual previo que habíamos repetido cualquier cantidad de veces. Creo que lo hacía para que constatará lo bella que estaba, cuánto se había arreglado para mí, la reafirmación de que no era una de esas tantas a las que podía coger desde el inicio y como quisiera. Esta vez, por fin Renata dejó de presionarme para que tomara un trago y me permitió beber tranquilamente un jugo sin azúcar. Esa noche yo estaba muy deseoso. Ya me daba suficientes largas en pleno ajeteo, de manera que no dejé que la conversación se extendiera. Me acerqué y empecé a tocarla y a besarla. Para ese momento, entendía muy bien cómo funcionaba Renata, siempre respondía rápidamente si le apretaba la cintura y le besaba el cuello, luego metía mis manos por debajo de su *panty* y ponía mi dedo índice y anular sobre la entrada, sin meterlos, para hacerle un movimiento circular suave mientras le mordisqueaba un pezón. Cuando se humedeciera más, era el momento de meterlos un poco, con las yemas hacia arriba, para moverlas hacia atrás y hacia adelante. Ese sencillo procedimiento la llevaba a exigir que se la metiera en menos de cinco minutos y en esta ocasión no fue menos efectivo.

Renata me tomó de la mano, yo no dejaba de apretarle una nalga con la otra. Mientras caminábamos a la habitación, sentí un estornudo que vino del cuarto de huéspedes. Renata me miró asustada; el miedo en sus ojos me hizo saber que no era yo quien tenía algo que temer. Mis mecanismos de alerta estaban tan activos que en un solo movimiento alargué la mano y abrí la puerta, Renata trató de detenerme, pero no fue lo bastante rápida. Cuando miré adentro, encontré lo último que esperaba ver, pero, al mismo tiempo, algo que no llegó a sorprenderme del todo. Sergio estaba adentro, sentado en la cama, con la almohada puesta en la cara en un intento de disimular otra sacudida. Frente a él estaba un televisor encendido, la pantalla tenía una imagen fácil de reconocer para cualquiera de los presentes: era su habitación matrimonial. Yo miré a Renata. Él se puso de pie, se encogió de hombros y la miró con ánimo de tranquilizarla.

—De todos modos íbamos a hablar con él...

La escena era tan bizarra que yo no podía creer que la estuviera viviendo en primera persona, mucho menos entender o al menos conjeturar de qué se trataba todo. Sergio dijo que yo merecía una explicación, así que con voz y cabeza baja me invitó a la sala. Ellos caminaron delante de mí mientras yo sentía que me pesaban los zapatos. Renata estaba apenada, no me miraba y en varios momentos vi que tenía deseos de taparse la cara. Sergio, con un ánimo sosegado y conciliador, empezó su disertación. Dijo que primeramente debía disculparse, que se imaginaba que yo me sentía incómodo e invadido en mi privacidad, que por favor no me hiciera malas ideas, que ambos me tenían un gran aprecio. Entonces confesó que esas extensas reuniones o montajes problemáticos que lo ausentaban de casa nunca habían existido. Siempre estuvo allí. Cada una de las noches en las que me había follado a su mujer estaba observándonos a través de una cámara escondida en uno de los travesaños del techo. Entonces empezó a explicar la parte compleja, esa en la que yo debía entender cómo un hombre podía observar desde otra habitación que alguien se cogiera a su esposa. Vino el discurso clásico de los muchos años de matrimonio, de la parsimonia en la alcoba, luego me contó cómo juntos habían buscado alternativas antes de alcanzar un inquietante descubrimiento. Sergio no solo toleraba ver a su mujer con otros hombres, lo disfrutaba tanto que algunas noches, después de verme sobre ella dos o tres veces, él mismo le hacía el amor excitado de saber y sentir que sobre ella estaba mi sudor, que en su interior seguía depositado mi semen. Si esa confesión no me había sorprendido lo suficiente, Sergio agregó que ya estaba cansado de observar a lo lejos y quería estar ahí, en la misma habitación, viéndolo todo en vivo. Renata y él habían discutido la posibilidad de contarme, pero temían mi reacción.

—Tú, evidentemente, no eres el primer hombre con el que compartimos esto —explicó Renata—, pero sí el más especial. Yo me siento muy bien al estar contigo y a Sergio le encanta vernos juntos. Generalmente nosotros decimos la verdad desde el comienzo, pero tú nos agradabas tanto que no quisimos arriesgarte como amigo. No sabíamos cómo lo ibas a tomar, de modo que nos planteamos esta alternativa.

—Y como decía antes —agregó Sergio—, y aunque suene contradictorio, siempre te hemos visto con respeto. La verdad, ahora que lo sabes me gustaría

que no te sintieras cohibido y siguieras compartiendo con nosotros, ahora con más libertad...

No contesté nada, no podía hablar. Todo era tan abrumador que se me dificultaba incluso pensar. Las zonas de mi cerebro que aún funcionaban después de ese corto circuito indicaban que tenía que irme de allí. Me levanté, me disculpé con ambos y salí del apartamento. Cuando estuve fuera del edificio, sentí que volvía a respirar. Tenía la sensación de haber sido abducido por unos extraterrestres ¿Qué clase de locura era esta? A pesar de que entre Renata y yo no había surgido ningún tipo de romanticismo, lo que había sentido, yo conmigo mismo, era una completa mentira. Me sentía superior todo el tiempo, creí que me burlaba de Sergio al acostarme con su mujer en su propia cama, cuando era exactamente lo contrario. Me sentía utilizado, ultrajado. Pero gracias a esas impresiones llegué a un punto que me dio un parte de tranquilidad. Entendí que la importancia de la relación que había establecido con Renata no era por ella misma, ni por lo mucho que me gustaba, sino por lo que ella representaba. Era la esposa de un hombre acaudalado y poderoso, uno de los pocos que podía hacerme doblegar, porque tenía muchas cosas que yo, tal vez, jamás tendría. Acostarme con ella era mi modo de cobrar una revancha, de burlar su supremacía, pero ahora me daba cuenta de que una vez más estaba al servicio de un hombre como él, de esos que con solo nacer tenían el mundo a su servicio, y yo, que me imaginaba un bárbaro desafiante, había resultado ser un simple lacayo de sus perversiones. Era frustrante corroborar que ellos, los tipos como Sergio, a la larga son invencibles. ■

